

NUESTRA VIDA ES EN DIOS



«Es mi vida!» afirman algunos de manera asertiva. «Puedo hacer lo que yo quiera». Pero a los tímidos se les dice «búscate la vida», lo o sea, que se dediquen a lo que está en boga en esta época: seguridad financiera, independencia, viajes y todo lo que se pueda comprar, tanto cosas como — personas. — Una «vida plena» es aquella que incluye todo eso y más.

No obstante, «*Nuestros años son tan frágiles como una telaraña*» (Salmo 89:9 LXX), susceptibles de ser arrebatados de nosotros en cualquier momento. Incluso la vida terrenal más larga ha terminado en un abrir y cerrar de ojos. Los árboles nos sobreviven; los loros nos sobreviven — somos «simples restos de vida», como dice el teólogo Olivier Clement. Por ello, no importa cuán arduamente tratemos de conservar nuestra vida, estamos condenados a perecer.

«Vivimos una 'vida muerta', según Gregorio de Nisa, en un mundo impregnado de muerte, en el que todo gravita continuamente hacia la nada» (*Las raíces del misticismo cristiano*, 1995, pág. 15).

El pedazo de vida que tenemos es apenas una ínfima porción de la vida de Aquel que realmente existe y que nunca enfrentará la muerte: Dios, la Fuente de toda vida.

Cuando Moisés se encontró con Dios en la misteriosa zarza ardiente, le preguntó cómo se llamaba Dios, y Dios respondió «*Yo soy el que es*» (Éxodo 3:14). El nombre — YHWH en hebreo (representado como Jehová, Yahvé o Yahwa) y ó ών (o ón) en la Septuaginta griega — expresa la naturaleza singular de Dios. Él no recibió vida de ningún otro, ni su vida ten-

drá fin; Él es, simplemente es por siempre.

El que existe, el único que verdaderamente es, compartió Su ser en la increíblemente abundante creación. Desde vastas galaxias hasta los organismos más pequeños, todo en la creación existe por Él. Todo existe — no como una casualidad de fuerzas impersonales — sino por la voluntad de una Persona cuya existencia se desborda más allá de Sí Mismo. Él simplemente crea para que otros existan. «*Forjó todas las cosas que podrían haber sido*» (Sabiduría 1:14).

Esta propagación del ser, que llamamos creación, es nuestro primer indicio de que El que Es, también es El que Ama. En toda cultura sin importar la época, ni la edad de las personas, éstas han encontrado a Dios en la creación. A veces lo han confundido con las poderosas fuerzas de la naturaleza, tales como las estrellas. Pero, aun así, la gente ha visto en la creación Algo o Alguien más allá de ellos mismos. Como dice San Pablo, «*Desde la creación del mundo, sus atributos invisibles de poder eterno y divinidad han sido capaces de ser comprendidos y percibidos en lo que ha hecho*» (Romanos 1:20).

Sin embargo, reconocemos a Dios en la creación, más que en su poder y divinidad. Porque vemos amor. — El amor de Dios se manifiesta en este deseo de compartir la existencia con todas sus creaturas. Como dice San Máximo Confesor: «Cuando Dios, que es la plenitud absoluta, hizo a las creaturas, no lo hizo para satisfacer alguna necesidad, sino para que Sus creaturas compartieran felices Su semejanza, y para que Él mismo se regocijara en la alegría de Sus creaturas al beneficiarse inagotablemente de lo que es Inagotable» (*Siglos de Caridad III*, 46).

EL QUE ES VERDADERAMENTE AMOR



En el Nuevo Testamento nos volvemos a encontrar a Dios Existente y, sin embargo, nos sorprende porque se nos ha dicho que «*Nadie ha visto nunca a Dios. El Unigénito, el Existente (v) en el seno del Padre - Él lo ha dado a conocer*» (Juan 1:18). Quien se reveló a Moisés, a Elías y a los profetas era de hecho la Palabra de Dios que con el tiempo asumiría la naturaleza humana en Jesús de Nazaret.

Bendito sea el Existente, Cristo nuestro verdadero Dios, en todo momento: ahora y siempre y por los siglos de los siglos.

(El Gran Despido)

San Hilario de Poitiers nos dice cómo su camino hacia la fe dio un gran paso hacia adelante cuando encontró La Palabra en el Evangelio:

«Conocí la enseñanza del Evangelio y de los apóstoles... en ese momento mi mente rompió el límite y aprendí más acerca de Dios de lo que esperaba. Entendí que mi Creador era Dios nacido de Dios. Aprendí que la Palabra era Dios y que estaba con Él desde el principio. Llegué a conocer la luz del mundo... Entendí que el Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros... Aquellos que lo acogieron llegaron a ser hijos de Dios, por un nacimiento no en la carne sino en la fe. ... Este don de Dios es ofrecido a todos... Podemos recibirlo por la libertad que nos fue dada expresamente para este propósito.

«Pero este poder que fue dado a cada persona para que fuera hijo de Dios se encontraba estancado por una fe débil y vacilante. Nuestras propias dificultades hacen que la es-

peranza sea dolorosa, nuestro deseo se vuelve iracundo y nuestra fe se debilita. Por eso el Verbo fue hecho carne: a través de la Palabra hecha carne, la carne pudo elevarse hacia la Palabra... sin renunciar a Su divinidad Dios fue hecho de nuestra misma carne... Mi alma recibió alegremente la revelación de este misterio. Por medio de mi carne me acerqué a Dios; por medio de mi fe fui llamado a volver a nacer. Fui capaz de recibir este nuevo nacimiento desde lo alto... Me aseguró que no podía ser reducido a no-ser.» (*La Trinidad 1*).

Los cristianos, que han vivido a Cristo como el Amante de la humanidad y la efusión del Espíritu Santo, han aprendido a ver a Dios como el amor en el misterio de la Trinidad. Porque Dios existe verdaderamente como Uno, pero también como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, en la comunión del amor. Dios es amor primeramente en las relaciones de Padre con Hijo y con el Espíritu Santo, después en la efusión de Sí mismo en toda la creación y por último, en la encarnación de Su Palabra. Para nosotros Él constituye amor de otra manera ya que, no sólo comparte su ser con nosotros, sino que también podemos potencialmente tener una relación con Él. El libro del Génesis describe esta relación como el poder caminar con Dios en el Jardín. Así, podemos decir que estamos invitados a «jugar en el jardín de Dios», y ser atraídos al lugar donde Él habita.

En nuestra Tradición esto se expresa en el ícono de la Trinidad angelical de san Andrei Rublev. Tres ángeles, que representan a la Trinidad, se muestran alrededor de una mesa donde interactúan entre sí. Pero hay un cuarto lado de la mesa y nosotros, los espectadores, somos llevados a este cuarto lado como si estuviésemos ahí adentro con la Trinidad.

Esta es la plenitud de vida a la que hemos sido llamados. Nuestra «vida es estar en comunión con Dios», nos dice san Ireneo, «y separarse de Dios es la muerte» (*Contra las herejías* V, 27, 2). “Buscarse la vida” es en realidad luchar por estar en comunión con Dios. Porque Él, aunque está muy por encima de nosotros, nos ofrece llenarnos de Su vida, por el gran amor que nos tiene.

NUESTRA VIDA ESTÁ EN DIOS



OFICINA DE SERVICIOS EDUCATIVOS
EPARQUÍA MELQUITA DE NEWTON
<http://melkite.org/>

Iconografía © Convento de Santa Isabel con
la Gran Duquesa de Rusia
<http://www.conventofsaintelizabeth.org/>